

—Cuando el freno echa hojas, ya ha concluido de helar.

—En el solsticio de verano, el cardo en flor.

—Si no llueve en Junio, blanquearán los trigos.

—Cuando el cerezo forma racimos, desconfiad de la luna llena.

—No perdais de vista á los vecinos que pleiteen con vosotros y temed su venganza.

—Si al cerdo se le dá á beber leche caliente, revienta.

—Cuando la rana aparece, sembrad melones.

—Cuando la hepática florece, sembrad centeno.

—Cuando el tilo florece, segad los prados.

—Cuando el tabaco florece, cerrad los invernaderos.

Lo particular era que el que seguía estos consejos no tenía motivos de arrepentirse.

Una tarde, al descender la marea, en la playa de enfrente de una casa del Bú de la Calle volcó una carreta cargada de fuco. Sin duda tuvo miedo á que le encausaran y se dió mucha prisa á ayudar á levantarla y á cargarla.

Se decía que Gilliatt miraba á los pozos, lo que es peligroso cuando la mirada es maligna; lo cierto es que un día en los Arculons, cerca de Saint-Pierre Port, el agua se convirtió en malsana. La buena mujer dueña del pozo le dijo á Gilliatt:—Probad esta agua,—y le dió un vaso. Gilliatt la probó, contestándole que le parecía muy gruesa. La buena mujer, que estaba recelosa, repuso:—Saneádmela.—Gilliatt le preguntó si tenía establo, si el establo tenía sumidero, y si el conducto del sumidero pasaba cerca del pozo. La mujer contestó afirmativamente y Gilliatt entró en el establo, trabajó en el sumidero, varió el curso del conducto y el agua del pozo volvió á ser potable.

En el pueblo comentaron este hecho á su manera. El pozo es malo ó bueno por algun motivo; no era natural la enfermedad de dicho pozo, y creyeron que Gilliatt había hecho en el agua algun sortilegio.

En las inmediaciones de San Miguel, una vez se detuvo en un prado de los jardines de Huriaux, que están en la carretera de los Videelins. Dió un silbido en el prado y en seguida apareció un ciervo, y un momento despues una marica.

En Hamel hubo algunas viejas que estaban seguras de haber oído una mañana, al rayar el alba, que las golondrinas llamaban á Gilliatt.

Añádase á lo dicho que Gilliatt no era bueno. Un día vió que un hombre apaleaba á un jumento; el jumento no se movía; el hombre le dió puntapiés en el vientre y el animal cayó al suelo. Gilliatt acudió para ayudarlo á levantarlo, pero los esfuerzos de ambos fueron inútiles: el asno estaba muerto. Gilliatt entonces abofeteó al hombre.

Otro día, viendo bajar á un muchacho de un árbol con un nido de verderones recién nacidos, casi sin plumas, Gilliatt se lo quitó, y llevó su perversidad hasta el extremo de volver á dejar el nido en el árbol. Los transeuntes le reconvinieron por esta acción y él se escusó señalándoles al padre y á la madre de los inocentes pajarillos, que chillaban en lo alto del árbol y que volvían al nido. Tenía cariño á los pájaros, y esta es otra señal que hace reconocer á los hechiceros.

Por todas estas razones Gilliatt era casi odioso en el país; no cabe duda de que el odio que inspiraba era fundado y legitimo.

V.

Otros lados oscuros de Gilliatt.

La opinion respecto de Gilliatt no era fija y determinada.

Generalmente le creían *marcou*, como dicen los franceses, y algunos llegaban á tenerle por *cambion*. El *cambion* es el hijo que la mujer tiene del diablo. Cuando la mujer tiene de un hombre siete machos consecutivos, el séptimo es *marcou*, pero para eso es preciso que ni una sola hembra interrumpa la serie de los varones. El *marcou* saca una flor de lis natural impresa en cualquier parte del cuerpo, que tiene la virtud de curar los lamparones y las escrófulas. En Francia hay *marcou*s en todas partes, particularmente en Orleans. Basta para curar á los enfermos que el *marcou* sople en sus llagas ó que las toque con su flor de lis. El éxito es sobre todo seguro la noche del Viernes Santo. Hay *marcou*s en Jersey, en Auriny y en Guernesey, lo que depende sin duda de los derechos que Francia tiene sobre el ducado de Normandía. Hay en las islas de la Mancha muchos escrófulosos, por lo que en ella los *marcou*s son necesarios.

Algunas personas que estaban presentes un día que Gilliatt se bañaba en el mar, creyeron verle marcado con la flor de lis. Le preguntaron sobre este particular, y por toda contestación se echó á reír, porque algunas veces se reía como los demás hombres.

Desde entonces ya no le vieron tomar el baño; solo se bañaba en sitios peligrosos y solitarios, probablemente de noche y á la claridad de la luna, lo que contribuyó á despertar sospechas.

Los que sospechaban que era *cambion*, es decir, hijo del diablo, estaban equivocados; no sabían que no existían *cambiones* más que en Alemania, pero cincuenta años atrás en esos países eran muy ignorantes.

Como Gilliatt les inquietaba, le consultaban.

Miedosos los labradores, le visitaban para hablarle de sus enfermedades. El miedo que le tenían contribuía á inspirarles confianza, porque cuanto más sospechoso es el médico para los campesinos, más seguras les parecen sus medicinas.

Gilliatt poseía medicamentos, que heredó de la difunta, y los administraba, sin retribución alguna, al que lo solicitaba.

Curaba los panadizos con la aplicación de ciertas yerbas; con un licor especial cortaba las calenturas, y el químico de Saint-Sampson, que en Francia sería farmacéutico, opinaba que el líquido con que Gilliatt combatía las tercianas era un cocimiento de quina.

Los menos benévolos convenían en que Gilliatt era un buen diablo para los enfermos cuando se trataba de remedios ordinarios; pero decían que, como *marcou*, no quería servir á nadie, y si un escrófuloso le pedía que le dejase tocar su flor de lis, por toda contestación le daba con la puerta en las narices. Se negaba obstinadamente á hacer milagros, lo que en un hechicero es ridículo.

La antipatía universal que inspiraba tenía una ó dos excepciones.

El señor Landoys, del Clos-Landes, era escribano cartulario de la parroquia de Saint-Pierre Port, encargado de las escrituras y guardian del registro de los nacimientos, matrimonios y defunciones.

Se jactaba de descender del tesorero de Bretaña Pedro Landoys, que fué ahorcado en 1485.

Un día que se estaba bañando y se alejó demasiado de la orilla, corrió gran

peligro de ahogarse. Gilliatt se echó al agua y con peligro de su vida salvó la de Landoys.

Desde entonces éste no habló mal de Gilliatt. A los que le echaban en cara su benevolencia les respondía:

—¿Por qué quereis que aborrezca á un hombre que no me ha causado ningun daño y que me ha salvado la vida?

El escribano cartulario llegó á ser hasta amigo de Gilliatt, porque no era preocupado y se reía de los que tienen miedo á los aparecidos. Poseía un barquichuelo; dedicaba sus ócios á la pesca y nunca vió nada de extraordinario, más que un día que, á la luz de la luna, divisó una mujer blanca que se agitaba en el agua, pero no estaba aun muy seguro de esto.

Montonne Gahy, la bruja de Torteval, le dió un taleguillo que se ata al cuello bajo la corbata y que protege contra los malos espíritus; él se burlaba del talego, ignorando lo que contenía, pero sin embargo, le llevaba y se creía más seguro con este amuleto.

Algunas gentes atrevidas se aventuraban á imitar al señor Landoys, reconociendo en Gilliatt circunstancias atenuantes, su sobriedad, su abstinencia de aguardiente y de tabaco, y alguno llegó á hacer de él este elogio:—No bebe, ni fuma, ni masca, ni toma rapé.

Pero ser sóbrio solo es una buena cualidad cuando se poseen otras.

Gilliatt seguía excitando la aversión pública.

Sin embargo, como *marcou* podía prestar grandes servicios.

Un Viernes Santo, todos los escrófulosos de la isla, por inspiración propia ó por convenio recíproco, se trasladaron en procesion al Bú de la Calle, suplicando á Gilliatt, con las manos juntas, que los curase; él se negó, y desde entonces quedó reconocida su maldad.

VI.

El buque holandés.

Gilliatt parecía feo á las mujeres; sin embargo, no lo era; quizás era hermoso.

Su perfil tenía algo del bárbaro antiguo. Cuando estaba inmóvil parecía un Dacio de la columna trajana. Sus orejas eran pequeñas, delicadas, sin lóbulo y de admirable forma acústica. Tenía entre los dos ojos la arruga altiva y vertical del hombre audaz y perseverante. Los

dos extremos de la boca le caían, dándole expresión de amargura; su frente ofrecía una curva noble y serena; sus pupilas francas miraban bien, aunque las enturbiaba algo el fruncimiento á que habitúa á los pescadores la reverberación de las olas. Su risa era pueril y graciosísima. Sus dientes eran de marfil, pero el solano casi los había ennegrecido.

No vive el hombre impunemente en el Océano entre la tempestad y la noche; á los treinta años aparentaba tener cuarenta y cinco. Su fisonomía se había cubierto con la sombría máscara que dan el viento y el mar.

Le habían puesto el sobrenombre de Gilliatt el Maligno.

Una fábula de la India dice: "Un día Brahma preguntó á la Fuerza: ¿Quién es más fuerte que tú? La Fuerza respondió: La Destreza." Un proverbio chino dice: "¿Qué no podría el león si fuese mono?" Gilliatt no era león ni mono; pero todo lo que hacía confirmaba el proverbio chino y la fábula india. Su estatura era regular y su fuerza ordinaria; pero poseía destreza tan ingeniosa y potente, que conseguía levantar fardos gigantes y llevar á cabo prodigios de atleta. Tenía algo de gimnasta, y lo mismo se servía de una mano que de otra. No era cazador, era pescador. Tenía lástima á los pájaros, pero no á los peces. Era nadador notable.

La soledad aguza el ingenio del hombre ó le convierte en idiota. Gilliatt ofrecía esos dos aspectos. Había momentos en que se le encontraba estático; parecía un estúpido. Otras veces tenía misteriosa profundidad en la mirada. La antigua Caldea tuvo hombres semejantes; á ciertas horas la opacidad del pastor se volvía transparente y dejaba ver al mago.

En resumen; Gilliatt solo era un pobre hombre que sabía leer y escribir. Probablemente estaba colocado en el límite que separa al soñador del pensador. El pensador quiere, el soñador se somete. La soledad contamina á los hombres sencillos, y los complica de tal modo que se penetran sin saberlo de horror sagrado.

La sombra en que se sumergía el espíritu de Gilliatt se componía, en cantidad casi igual, de dos elementos, los dos oscuros, pero muy distintos: en él la ignorancia era defecto; fuera de él, el misterio era inmensidad.

A fuerza de trepar por las escarpadu-

ras, de escalar las rocas, de ir y venir por el archipiélago á todas horas, de navegar y maniobrar con la primera embarcación que se le presentaba, llegó á ser un marino sorprendente, sin que esto le sirviera de nada, solo por placer y por capricho.

Había nacido piloto. El verdadero piloto es el marino que navega más por el fondo que por la superficie. La ola es un problema exterior, continuamente complicado por la configuración submarina de los lugares que el buque recorre. Al ver á Gilliatt entre los escollos y los arrecifes del archipiélago normando, parecía que tenía dentro del cráneo un mapa geográfico del fondo del mar. Conocía todos los peligros y los retaba á todos.

Conocía las balizas mejor que los cuervos marinos y las filocrocotas que se paraban en ellas. Las diferencias imperceptibles que distinguen una de otra las cuatro boyas del Creux, de Alligande, de los Tremies y de la Lardrette, eran para él, hasta en los días nebulosos, perfectamente claras.

No vacilaba ni sobre la estaca oval de Anfré, ni sobre la lanza de tres puntas de Rousse, ni sobre la bola blanca de la Corbette, ni sobre la bola negra de Longue-Pierre; y no confundía la cruz Goubean con la espada clavada en tierra de la Platte, ni la baliza en forma de martillo de las Barbés con la baliza en forma de cola de golondrina del Moulinet.

Su rara ciencia de marino se descubrió especialmente un día que hubo en Guernesey una de esas justas marítimas que se llaman regatas. La cuestión era la siguiente: Estar solo en una embarcación de cuatro velas, conducirla desde Saint-Sampson hasta la isla Herm, que dista una legua, y volver con el buque desde Herm á Saint-Sampson. Hacer maniobrar un barco de cuatro velas es empresa que no se atreve á acometer ningún pescador, y la hacía más difícil el que dicha embarcación era una de esas anchas y fuertes chalupas ventradas que se usaban en otros tiempos en Rotterdam.

En la actualidad se encuentra algunas veces alguno de esos antiguos buques holandeses. Además dificultaba la empresa la vuelta de Herm, que la complicaba llevar pesado lastre de piedras. El buque debía salir vacío y volver cargado.

El premio del certámen consistía en la

misma chalupa, que de antemano entregaban al vencedor. Dicha embarcación sirvió á Gilliatt de buque-piloto; el piloto que la montó y condujo por espacio de veinte años era el marino más robusto de la Mancha, y cuando murió, como no encontraron á nadie que fuese capaz de gobernarla, resolvieron que sirviese de galardón en una de las citadas regatas.

Se la disputaron con empeño: la lucha fué ruda, porque el premio valía la pena. Se presentaron siete ú ocho pescadores solicitantes, los más vigorosos de la isla. Probaron sucesivamente, pero ni uno solo pudo llegar á Herm. El último que luchó era famoso por haber salvado á fuerza de remo, estando la mar muy alborotada, la peligrosísima barra que hay entre Serz y Breis-Hon. Sudando á mares recondujo el barco á la orilla y dijo: "No puedo." Entonces Gilliatt entró en el buque; empuñó primero el palo de virar, luego la escota mayor, y se hizo mar adentro. Después, sin aferrar la escota, que hubiera sido imprudente, y sin soltarla para ser dueño de la vela mayor, dejando á la escota rodar en los estribos á merced del viento sin trivar, cogió el timón con la mano izquierda. En tres cuartos de hora llegó á Herm. Tres horas después, á pesar de levantarse un fuerte viento de Sur y de tomar la rada por lo ancho, regresaba á Saint-Sampson con el buque cargado de piedras. Por lujo y por bravata añadió al cargamento el cañón de bronce de Herm, que todos los años el 5 de Noviembre los habitantes de la isla disparaban, en conmemoración de la muerte de Guy Fawkes.

Digamos de paso que Guy Fawkes había ya doscientos sesenta años que había muerto.

De este modo llegó vencedor Gilliatt á Saint-Sampson.

Mess Lethierry, al presenciar este triunfo, exclamó:—¡Sois un marinero valiente!

Dijo esto tendiendo la mano á Gilliatt.

Ya volveremos á hablar de Mess Lethierry.

El buque fué adjudicado á Gilliatt.

Algunos declararon que el hecho nada tenía de admirable, porque Gilliatt había ocultado en el barco una rama de meliloto silvestre; pero esto no pudo probarse.

Desde aquel día Gilliatt ya solo se embarcó en el buque holandés. En aquella pesada barca iba á la pesca. La amarra en el pequeño fondeadero, que usaba él solo, por estar debajo de la pared mis-

ma de su casa del Bú de la Calle. Al anochecer se echaba las redes al hombro, atravesaba el huerto, saltaba á la otra parte del parapeto, y de roca en roca brincaba á bordo del buque. Después se iba mar adentro.

Pescaba mucho, pero seguían asegurando que llevaba siempre en el buque la rama de meliloto. El meliloto es el nispero. Nadie había visto la rama, pero todo el mundo creía que la llevaba en el barco.

El sobrante de la pesca no lo vendía, lo regalaba.

No se limitaba á ser pescador. Por afición y para distraerse aprendió tres ó cuatro oficios. Era carpintero, herrero, carretero, calafate, y entendía algo de maquinista. Nadie componía como él. Se construía él mismo á su manera todos los chismes de pescar. En un rincón del Bú de la Calle tenía una pequeña fragua y un yunque, y como su barco no tenía más que una ancla, él mismo, sin que nadie le auxiliase, se hizo otra que era excelente. El argáneo tenía la fuerza que necesitaba, y Gilliatt, sin que nadie se lo enseñara, supo encontrar la dimensión exacta que debe tener el cepo para que el ancla no zozobre.

Reemplazó con paciencia todos los clavos del bordaje con cabillones y cabillas, haciendo de este modo imposible los agujeros de la herrumbre.

De esta manera aumentó considerablemente las buenas cualidades del buque, que le servía para ir de cuando en cuando á pasar uno ó dos meses en algún islote solitario, como Chousey ó los Casquets.

En la isla decían: "Gilliatt se ha marchado," pero su ausencia no desazonaba á nadie.

VII.

En casa endemoniada, habitante endemoniado.

Gilliatt era hombre que soñaba, y de esta circunstancia nacían sus audacias y también sus timideces. Tenía ideas propias.

Quizá tenía Gilliatt algo de alucinado, y de iluminado. El alucinamiento se apodera lo mismo de un rústico como Martin que de un rey como Enrique IV. Lo desconocido causa algunas veces sorpresas al espíritu del hombre. La rasgadura brusca de la oscuridad deja de repente ver lo invisible y luego vuelve á cerrarse. Estas visiones transfiguran al-

gunas veces, consiguiendo hacer de un conductor de camellos un Mahoma y de una pastora una Juana de Arco. La soledad desprende cierta cantidad de extravío sublime. Es el humo que sale del matorral ardiendo. De ella resulta misterioso temblor de ideas, que convierte al doctor en visionario y al poeta en profeta; de ella resultan las embriagueces del laurel de Castalia machacado; las revelaciones del mes Busion: de ella resultan Peleya en Dódena, Hemonoos en Delfos, Trofonio en Levadea. El estado visionario agobia al hombre y le vuelve estúpido generalmente. Existe el embrutecimiento sagrado. Al faquir le anonda su vision como á Cretino su papera. Lutero platicando con los diablos en el granero de Witemberg; Pascal tapando el infierno con la mampara de su gabinete; el obi negro dialogando con el dios Bonum, de rostro blanco, constituyen el mismo fenómeno, diversamente modificado, según su dimension y su fuerza. Lutero y Pascal fueron y son grandes y el obi es imbecil.

Gilliatt no se hallaba ni tan alto ni tan bajo: era un hombre pensador y nada más.

Veia á la naturaleza de un modo algo extraño.

Porque distinguía algunas veces en el agua limpia del mar animales inesperados, bastante voluminosos y de diversas formas, deducia que poblando el agua transparencias vivientes, otras transparencias vivientes podian tambien poblar el aire. Los pájaros no son los habitantes del aire, que son sus anfibios. Gilliatt no creia que el aire estuviera desierto. Decia:—"Ya que el mar está poblado, la atmósfera no debe estar vacia. Criaturas del color del aire, que la luz borra, deben escaparse á nuestras miradas. ¿Quién es capaz de probar la no existencia de esas criaturas? La analogía indica que en el aire deben vivir sus peces como en el mar viven los suyos; dejando pasar la luz á través de su forma, no haciendo sombra y no teniendo silueta, permanecen ignorados de nosotros, no podemos cogerlos." Gilliatt se imaginaba que si la tierra pudiese dejar en seco la atmósfera y se pescase en el aire como se pesca en un estanque, se encontrarían en ella multitud de seres sorprendentes: entonces se explicarían muchas cosas.

El desvarío, que es el pensamiento en estado de nebulosa, confina con el sue-

ño, y tiene en éste su frontera. El aire, habitado por transparencias vivientes, sería el principio de lo desconocido; pero más allá se presenta la vasta abertura de lo posible. Allí hay otros seres, allí hay otros hechos. Ningun sobrenaturalismo, la continuacion oculta de la naturaleza indefinida. Gilliatt, en la desocupacion laboriosa que constituia su existencia, era un observador extraño. Llegaba hasta observar el sueño. El sueño está en contacto con lo posible, que llamamos inverosímil. El mundo nocturno es un verdadero mundo. La noche, como noche, es todo un universo. El organismo material humano, sobre el que pesa una columna atmosférica de quince leguas de altura, se encuentra fatigado por la noche; está laxo, se acuesta y reposa: los ojos de carne se cierran; pero entonces en la cabeza adormecida, menos fuerte de lo que se cree, otros ojos se abren y lo desconocido aparece. Las cosas sombrías del mundo ignorado se aproximan al hombre, ya sea por verdadera comunicacion, ya porque aumenten la vision las lontananzas del abismo; parece entonces que los confusos vivientes del espacio vienen á mirarnos, y que les inspiramos curiosidad los vivientes terrestres; una creacion fantástica sube ó descendiende hácia nosotros y pasa por nuestro lado á la luz crepuscular: ante nuestra contemplacion espectral, una vida que no es la nuestra se agrega y se desagrega, y el durmiente, semivisionario é inconsciente, entrevé esas animalidades extrañas, esas vejetaciones extraordinarias, esas livideces terribles ó sonrientes, esas larvas, esas máscaras, esas hidras, esas confusiones, esa luz de luna sin luna, esas oscuras descomposiciones del prodigio, esos crecimientos y decrecimientos de la inmensidad turbia, esa flotacion de formas en las tinieblas, y en fin, todo ese misterio que llamamos sueño, y que solo es la aproximacion de una realidad invisible. El sueño es el *aquarium* de la noche.

Así lo creia Gilliatt.

VIII.

La Silla Gild-Holm-Ur.

En vano se buscaría hoy día en la ensenada del Houmet la casa de Gilliatt, el jardín y la pequeña rada que abrigaba al buque. El Bú de la Calle no existe ya. La pequeña península donde la casa se levantaba ha caído bajo el



GILLIAT.